



TRABAJO EN EQUIPO



Una mañana templada,
se oyó un ruido misterioso:
el caminar silencioso
de una figura taimada.

Era todo el camuflaje
para no ser descubierta
y dejar la puerta abierta
para continuar el viaje.

La Calaca, cautelosa,
siguió por la planta baja
y preparó la mortaja
cual si fuera la gran cosa.

Buscó la Defensoría
entre pasillos y salas.
Al fin desplegó las alas
frente a la cafetería.

“Vengo a poner una queja”
-dijo con solemnidad-
“pues ya no hay tranquilidad
en esta vida compleja”.

Carmen Llaguno, eficiente
pidió nombre y procedencia:
“Su credencial o licencia
para saber que no miente”.

“Conmigo no hay requisitos
De documentos falaces
Soy experta en los disfraces
Y los momentos finitos”.

“Yo sé que eres apreciable
y cuidas mucho a la gente,
pero lo que tengo en mente
es un mandato implacable”.

Con esas fuertes palabras
llamó toda la atención.
Y acudieron en legión
nuevas sonrisas macabras.

“¿Dónde estás, doctor Sotelo?”,
preguntó con voz profunda.
“No quiero ser iracunda
ni que me tomes el pelo”.

“No hay justicia alternativa
ni solución de conflictos.
Notifico por edictos
y me voy como una diva”.

Detrás del mismo escritorio,
miró a la doctora Alicia,
sin un dejo de malicia
ni pensamiento mortuorio.

“¿Hablas de salud mental?”,
preguntó con mal talante,
“pues lo que te tienes delante
es un glorioso final”.

Defensor y defensora
de los espacios adjuntos
viven ya con los difuntos...
y no en el aquí y ahora.

Siguió a la secretaria
Y vio a la doctora Flores,
mostrando ya los rubores
de una creciente alegría.

“Lamento decir, Patricia,
que, si tengo alguna duda,
prefiero siempre ser ruda
aun si es mala noticia”.

Con ese claro criterio
y a pesar de su embarazo,
hizo con firmeza el trazo
que la mandó al cementerio.

Con Nicolás y con Isis,
hermanos de fantasía,
cortó pronto la alegría
y los colocó en la crisis.

Sofía, con las minutas,
no alcanzó a ver la guadaña.
“Conmigo no hay mala maña;
por favor no me discutas”.

Era el turno de Barreto,
que, con voz fina y pausada,
quiso cambiar de morada
y fugarse de este gueto.

“No intentes trucos gastados
ni explicaciones vacías”.
Y enseñando las encías,
le destrozó los costados.

Entonces vio a Marianela
revisando un expediente.
“Mira que tú tienes mente
para andar en pasarela”.

“Vi la jornada inclusiva
con tanta gente diversa.
Aquí siempre se conversa
con esa mirada activa”.

Ariadna quiso escapar
y fue corriendo a su coche,
destruyendo, a troche y moche,
lo que encontraba al pasar.

La Calavera, sonriente,
la alcanzó en cuatro segundos
“Te llevo a mis otros mundos
sólo por ser tan valiente”.

La titular, afligida,
contemplaba con asombro
que sólo quedaba escombros
de lo que fuera su vida.

Quiso ganar la confianza
de esa figura enlutada,
pero se quedó atrapada
y no le fijaron fianza.

Esos fueron los despojos
del equipo en su sesión.
No quedó ni una canción
que brillara por los ojos.

La Calaca, satisfecha,
se colocaba los guantes
para cruzar, cuanto antes,
esa puerta tan maltrecha.

No era tan fácil salir.
La puerta estaba atorada.
Y buscó, desesperada,
Un hueco por dónde huir.

Recorrió así la oficina
En busca de una ventana
¡Vaya práctica malsana
Ya tan sólo pido esquina!”

No es una cosa sencilla
el encierro tan brutal.
Hasta la Dama Letal
se fundió, cual mantequilla.

Dicen que en el cementerio
se volvieron a reunir.
Y acaban de discutir
un renovado criterio.

Mientras tanto el personal
de la Metropolitana,
feminista y soberana,
sale ya del funeral.